

El firmamento eterno comprimía
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un bastón de oro precioso,

Reverente á encontrar al Ángel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posición inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Ángel, descendiendo de la altura,
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pie gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido:

Del poder recibido firme usando,
"Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:
"En nombre del Eterno yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regía,
Lleno de majestad y de grandeza.

El Ángel desde lo alto dirigía
Su marcha, y le indicaba su destino:
La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Verjeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubría,
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalem, Jerusalem, decía
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetía.

Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concetos
Lós espíritus puros de la gloria.

VII

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVÁH, que en la guerra
Los gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el día
En que el Señor demuestra
La fuerza de su diestra,
Su gloria y su poder.

Aqueste día anunciaron
Visiones y profetas;
Sus palabras, completas
Hoy se llegan á ver.

UN JOVEN.

Hoy del sepulcro helado
Libertarnos le plugo,
Y el poderoso yugo
De la muerte quebró:
Este es el día anunciado
Con palabras expresas;
Sus eternas promesas
Hoy el Señor cumplió.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!
Salta de gozo ¡oh tierra!
Que la muerte, la guerra
Y la opresión cesó.
Resuenen en los montes
Los himnos de alabanza.
¡Qué cierta es mi esperanza!
¡Qué fiel es el Señor!

UNA DONCELLA.

La hija de Sión querida,
Que en prisión sepultada
Lloraba desolada
Sin consuelo y sin luz,
Hoy recobra gozosa
Su espléndida belleza,
Su cándida pureza,
Su primera virtud.

TODO EL PUEBLO.

Viva, viva JEHOVÁH, que en la guerra
Los Gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

IX

¡Jerusalem ilustre! este es el día
En que los ojos míos van á verte
Coronada de paz y de alegría,
Sin temor y sin riesgo de perderte.
JEHOVÁH su salvación al suelo envía,
Destrozado el imperio de la muerte;
Y trocando en placer tu llanto y penas,
De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sión querida,
Do fuiste como esclava maltratada,
En mortales angustias sumergida,
Del cáliz soporífero embriagada.

Grande ha sido tu culpa y sin medida,
Y grande tu castigo, desdichada:
Mas apiadado ya, tu antiguo esposo
Hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

Oye lo que te dice el Sér Eterno
Con acento dulcísimo, inefable.—
“Si no olvida la madre al niño tierno
Que en su seno llevó por tiempo estable,
¿Cómo te olvidaría mi amor paterno,
Ni mi afecto de esposo, inestimable?
Ofendido, calmaste mis enojos
Con el llanto perenne de tus ojos.

“Sabe tú, que en mi mano dibujados
Tus muros y baluartes siempre tengo:
Ellos serán al punto reparados,
Que yo, Dios Poderoso, lo prevengo:
Yo, que vivo en los cielos estrellados;
Yo, que formé la tierra, y que contengo
En el espacio breve de mi mano
Al tempestoso y férvido oceano.

“¿Se ha encogido mi brazo por ventura
Para que yo no pueda libertarte.....?
¡Levántate, Salem! y tu amargura
Olvida, pues que vengo á consolarte:
Vístete tu preciosa vestidura:
Ven á tu antiguo trono á colocarte:
No ya la esclavitud te deshonora,
Sino que eres feliz, libre y señora.

“Extiende para tí tus pabellones,
Toma sitio más ancho y dilatado,
Que ya vienen de todas las regiones
Los hijos infinitos que te he dado:

Las remotas y bárbaras naciones
A tí se postrarán, yo lo he mandado:
Reyes serán los criados que tú elijas,
Y reinas las nodrizas de tus hijas."

Los cielos y los astros de repente
En pavesas y en humo se deshacen,
Y otro cielo, otro sol más refulgente,
Y estrellas más espléndidas renacen.
El alto empíreo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento
Do la antigua Solima fué labrada:
Tiene de oro macizo el fundamento:
Más pura es que el cristal, más acendrada:
Tres puertas manifiesta á cada viento,
Cada una por un ángel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso
Entre cantos de gozo y alegría,
Y al escuadrón angélico dichoso
Unido en la ciudad desde aquel día,
Disfruta de la paz y del reposo
Que á los suyos JEHOVÁH benigno envía.
Allí jamás hay noche ni tristura;
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero
De do mana una fuente de agua viva,
Y un árbol prodigioso y duradero,
Que cada mes da fruto con medida.

No entra allí el orgulloso, el altanero,
El rapaz, el violento, el homicida:
El vicio corrompido y la torpeza
Nunca empañan su brillo y su pureza.

II

EL RÚSTICO Y EL MONARCA.

(Año de 1516.)

Divertido en su palacio
El Motezuma soberbio,
Traza á su capricho gustos
Y á su querer pasatiempos.
Reclinado en rico estrado,
Cercado de sus guerreros,
Sus cortesanos le adulan,
Y le obedecen los pueblos.
Cuando á su presencia llega
Hombre de rústico aspecto
Que con libertad le dice,
Sin arrogancia y sin miedo:
"Ayer de tarde, Señor,
Estando solo en mi huerto,
Ocupado en sus labores
Y entretenido en sus riegos,
Ví una águila que bajaba
A mí con rápido vuelo,
Y tomándome en sus garras
Me alzó por el vago viento;
Y sin tardanza llevóme
A un bello jardín ameno,
Donde en retirada gruta

Hallé de flores un lecho,
 Y en él, descuidado y solo,
 Un hombre entregado al sueño;
 De paños regios vestido,
 A un lado corona y cetro,
 Y en su derecha empuñando
 Un ardiente pebetero.
 Acerqueme, y conocí
 Que estabas allí tú mismo,
 En la mansión del descanso
 Y en el reino del silencio.
 Quise retirarme al punto
 Penetrado de respeto,
 Pero una voz imperiosa
 Me hizo aproximar de nuevo,
 Dejándome sin acción
 Para esquivar sus preceptos.
 Mandóme que de tu mano
 Quitase yo aquel brasero,
 Y sin piedad le aplicase
 Ardiendo, sobre tu pecho.
 Resistíme cuanto pude;
 Pero ¿qué vale el esfuerzo
 Del mortal desalentado
 Para resistir al cielo?
 Yo mismo entonces, Señor,
 Cumplí el mandato severo:
 Te apliqué la ardiente brasa,
 Y tú sufriste cauterio,
 Sin dar señal de dolor
 Y sin hacer movimiento.
 Juzgárate allí cadáver,
 A no advertir que tu seno
 Se dilataba y movía,
 Respirando con sosiego.

Díjome otra vez la voz
 (Voz engendrada en el viento):
 Así tu rey insensato
 Pasa en deleites el tiempo,
 Cuando sobre sí el enojo
 Tiene de los Dioses fieros;
 Cuando tantos enemigos
 Lo detestan en secreto;
 Y cuando audaces soldados,
 Navegando el mar inmenso,
 Vienen de tierras ignotas
 Para conquistar su imperio.
 Dirásle que se levante,
 Y justo, cuanto guerrero,
 Ponga á los peligros dique
 Y á los desastres remedio.
 Apenas este discurso
 Dijo, que conservo impreso,
 Cuando el ave me arrebató,
 Y otra vez me hallo en mi huerto.
 Aquí he venido, Señor,
 A cumplir con lo que debo,
 Con lo que el cielo me manda,
 Con lo que pide tu reino.
 A las deidades irritas
 Con tu soberbia y desprecio,
 Y á los hombres das enojo
 Con tu crueldad y recelos.
 Despierta otra vez te digo:
 ¡Infeliz, si torpe y ciego
 Tienes el pecho insensible
 A los ardores del fuego!
 Y sabe que los sollozos
 De tus desdichados pueblos,
 Primero que á tus oídos

Llegaron al justo cielo." —
 Dijo, y volviendo la espalda
 Salióse de allí, resuelto,
 Poniendo al concurso espanto
 Su libertad y denuedo.
 Quiso el monarca sañudo
 Mandar que le traigan preso,
 Cuando sintió penetrante
 Nuevo dolor en su pecho.
 Descúbrelo, y le hallan todos
 Abrasado de un cauterio,
 En que con asombro miran
 Ser el vaticinio cierto.

JOSE MARIA HEREDIA.¹

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
 Errante masa de perennes llamas
 Que iluminas é inflamas
 Los desiertos del éter en tu vuelo:
 ¿Qué universo lejano
 Al sistema solar hora te envía?
 ¿Te lanza del Señor la airada mano
 A que destruyas en tu curso insano
 Del mundo la armonía?
 ¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
 El sabio laborioso
 Para seguirte se fatiga en vano,
 Y más allá del invisible Urano
 Ve abismarse tu carro misterioso.
 ¿El influjo del Sol allá te alcanza,
 O una funesta rebelión te lanza
 A ilimitada y férvida carrera?
 ¿Bandido inquietable de la esfera,
 Ningún sistema habitas,
 Y tan cerca del Sol te precipitas
 Para insultar su majestad severa?
 Huye su luz, y teme que indignado
 A su vasta atracción ceder te ordene,
 Y entre Jove y Saturno te encadene,
 De tu brillante ropa despojado.

1. Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803. Vino á México en 1825 y residió y escribió aquí hasta su muerte, acaecida á fines de 1839.